



Fe y discipulado

VÍCTOR CODINA, S.J.*

INTRODUCCIÓN

1. No se puede ser cristiano al margen de la figura histórica de Jesús de Nazaret, que murió y resucitó por nosotros, y Dios padre le hizo señor y Cristo (Hch 2,36). Lo cristiano no es simplemente una doctrina, una ética, un rito o una tradición religiosa, sino es todo lo que se dice en relación con la persona de Jesucristo. Sin él no hay cristianismo. Lo cristiano es él mismo. Los cristianos son los seguidores de Jesús, sus discípulos. En Antioquía, por primera vez, los discípulos de Jesús fueron llamados cristianos (Hch 11,26).
2. La vida cristiana es un camino (Hch 9,2), el camino del seguimiento de Jesús. Los apóstoles, primeros seguidores de Jesús, son el modelo de la vida cristiana. Ser cristiano es imitar a los apóstoles en el seguimiento de Jesús. De ellos se dice que siguieron a Jesús (Lc 5,11) y a este seguimiento es llamado todo bautizado en la Iglesia. Ellos no fueron únicamente los discípulos fieles del Maestro, que aprendieron sus enseñanzas, como los jóvenes de hoy aprenden de los profesores. Ser discípulo de Jesús comportaba para los apóstoles estar con él, entrar en su comunidad, participar de su misión y de su mismo destino (Mc 3,13-14; 10,38-39). Seguir a Jesús hoy no significa imitar mecánicamente sus gestos, sino continuar su camino “proseguir su obra, perseguir su causa, conseguir su plenitud” (L. Boff). El cristiano es el

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma.
Correo electrónico: ahurtadosj@yahoo.es

que ha escuchado, como los discípulos de Jesús, su voz que le dice: "Sígueme" (Jn 1, 39-44; 21,22) y se pone en camino para seguirle.

SEGUIR A JESÚS SUPONE RECONOCERLO COMO SEÑOR

3. Nadie sigue a alguien sin motivos. Los apóstoles siguieron a Jesús porque reconocieron que él era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 29,37), el Mesías, el Cristo (Jn 1,41), aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas (Jn 1,45), el Hijo de Dios, el Rey de Israel (Jn 1,49). Ante Jesús, Pedro exclama antes de seguirle: "Señor, apártate de mí, que soy un pecador" (Lc 5,8). Los apóstoles reconocen que Jesús es aquel que los profetas habían anunciado como Mesías futuro y que Juan Bautista había proclamado como ya cercano (Jn 1,26; Lc 3,16).

4. Hoy el cristiano reconoce a Jesús como el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6), la puerta (Jn 10,7), la luz (Jn 8,12), el buen pastor (Jn 10,11,14), el pan de vida (Jn 6), la resurrección y la vida (Jn 11,25), la Palabra encarnada (Jn 1,14), el Cristo, el Hijo del Dios vivo, (Mt 16,16), el Hijo del Padre (Jn 5,19-23;26-27; 36-37; 43), el que existe antes que Abrahán (Jn 8,57), el Señor resucitado (Jn 20-21), el juez de vivos y muertos (Mt 25, 31-45), el principio y el fin, el que es, era y ha de venir, el Señor del universo (Ap 1,8).

5. El cristiano no sigue, pues, a cualquiera, sino al Señor, de quien parte la iniciativa para que lo sigamos. Él es quien siempre llama y nos dice a cada uno de nosotros: "Sígueme". El llamado viene de él, a través de la Escritura, de la Iglesia o de los acontecimientos de la historia. Ante esta vocación, el cristiano exclama como Pedro: "Señor ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios." (Jn 6,68)

6. La fe cristiana no consiste propiamente en aceptar doctrinas, sino en reconocer a Jesús como señor y seguirle. El credo es la profesión de fe del que sigue a Cristo. El credo que se enseñaba a los catecúmenos en el tiempo de preparación del bautismo no era una simple lección de memoria, sino la contraseña que les identificaba como seguidores de Jesús ante el mundo. Sabían a quién seguían, sabían de quién se habían fiado y él, como Pablo, todo lo consideraban basura comparado con haber conocido y poder seguir a Cristo (Flp 3,7-21).

7. Seguir a Jesús es convertirse al Señor, cambiar la orientación de la vida. Significa escoger la vida en vez de la muerte (Dt 30,19). Significa renunciar al Maligno y a su imperio de muerte (Jn 8,44) y adherirse a Cristo. Los primeros cristianos en el catecumenado realizaban una solemne renuncia a Satanás y a sus estructuras antes de aceptar a Cristo por el bautismo. En nuestra liturgia bautismal todavía quedan los vestigios de esta renuncia. Pero todo ello debe hoy profundizarse. Nadie puede servir a dos señores, a Dios y al dinero (Mt 6,24).

SEGUIR A JESÚS SIGNIFICA ACEPTAR SU PROYECTO

8. Jesús tiene un proyecto, una misión: anunciar y realizar el Reino de Dios (Mc 1,15). Este es el plan que el Padre le ha encomendado: formar una gran familia de hijos y hermanos, un hogar, una humanidad nueva, los nuevos cielos y la nueva tierra que los profetas habían predicho (Is 65, 17-25). Esta es la gran utopía de Dios, el auténtico paraíso descrito simbólicamente en el Génesis (Gn 1-2), donde la humanidad vivirá reconciliada, con la naturaleza, entre sí y con Dios, de modo que el hombre sea señor del mundo, hermano de las personas e hijo de Dios (DP 322). Esta gran Buena Noticia es algo integral, ya que abarca a toda la persona humana (alma y cuerpo), a todo el mundo (personas y comunidades) y aunque se consumará en el más allá, debe comenzar ya aquí en nuestra historia. Este Reino de Dios es liberación de todo lo que oprime a la humanidad, del pecado y del Maligno (EN 9). Es en este contexto que tiene sentido explicar y aprender el *Padrenuestro* como se hacía en el antiguo catecumenado. El *Padrenuestro* no es sólo una fórmula para orar, sino un compendio del programa de Jesús, el Reino del Padre, el cumplimiento de su voluntad, un mundo donde haya pan y perdón, liberado de todo mal y victorioso de toda tentación. En ello el Padre es glorificado, pues la gloria de Dios consiste en que el Reino de Dios venga a la humanidad y todo el mundo viva como hijo del Padre.

9. Las parábolas del Reino hablan de esta gran utopía de Dios como un tesoro y una perla, por cuya adquisición vale la pena venderlo todo (Mt 13,44-46). Ante el proyecto de Jesús, los apóstoles dejan sus barcas y redes y le siguen (Lc 5,11), mientras que el joven rico se aleja triste de Jesús porque tenía muchas riquezas y no quería aceptar el proyecto de fraternidad universal de Jesús (Mt 19,22). Para seguir a Jesús las riquezas son un gran impedimento

(Mt 19,21-23; Lc 6,2-26; 12,13-34), lo cual contrasta con la opción y la práctica de muchos ricos de América Latina, que se consideran muy cristianos...

SEGUIR A JESÚS SUPONE PROSEGUIR SU ESTILO EVANGÉLICO

178

10. El programa de Jesús, el Reino de Dios, es inseparable de su persona. El Reino de Dios se encarna y personifica en él, el Reino se acerca a la humanidad con él (Lc 11,20). Jesús posee un estilo peculiar de anunciar y realizar el Reino.

11. Nacido pobre (Lc 2,6-7), hijo de una familia trabajadora sencilla (Lc 1,16; 4,22; Mc 6,3), se siente enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres (Lc 4,18) y a sanar a pecadores, enfermos y marginados (Lc 7,21-23). A lo largo de su vida Jesús va discerniendo lentamente su misión y el camino que el Padre desea. Rechaza las tentaciones de poder y prestigio (Lc 4), reconoce que el Padre revela el misterio de Dios a los sencillos y lo oculta a los sabios y prudentes (Mt 11,25-26), se solidariza en todo a los hombres menos en el pecado (Hb 4,15), se compadece del pueblo disperso como ovejas sin pastor (Mc 34), bendice al pueblo pobre (Lc 6,21-23) y maldice a los ricos (Lc 6,24-26) y a los fariseos hipócritas (Mt 23).

12. Hace de los pobres los jueces de la humanidad y toma como hecho a sí mismo cuanto se haga u omita con los pobres (Mt 25, 31-45; Mc 9, 36-37).

13. Esta opción de Jesús le produjo conflictos y lo llevó a la muerte. Su muerte es un asesinato tramado por todos sus enemigos, pero su resurrección no sólo es el triunfo de Jesús, sino la confirmación por parte del Padre de la validez de su camino. Mientras vivió en este mundo, Jesús fue tenido por loco (Mc 3,21), blasfemo (Mt 26,65), borracho (Lc 7,34), endemoniado (Lc 11,15), pero al resucitarlo el Padre muestra que el camino de Jesús es el auténtico camino del Reino y que Jesús tenía razón en haber seguido el estilo evangélico del siervo de Yavé (Is 42; 49; 50; 53). Lo proclamado misteriosamente en el bautismo (Mc 1,9-11) y la transfiguración (Mc 9, 1-8) se realiza en la resurrección. Jesús es realmente el Hijo del Padre y a él hay que escucharle y seguirle. Seguir a Jesús es tomar la cruz y perder la vida, pero para ganar la vida y salvarse (Mc 8,34-35).

14. Algunos resumen este estilo evangélico en los *Mandamientos de la Ley de Dios*, ofrecidos por Moisés al pueblo de Israel (Ex 20,1-21; Dt 5). Pero el Decálogo deberá entenderse a la luz de la liberación de la esclavitud de

Egipto (Ex 20,1; Dt 5,6) y por tanto como leyes para vivir en la libertad de los hijos de Dios, como camino de bendición y de vida, para evitar la esclavitud, la maldición y la muerte (Dt 30,29-31). Pero en todo caso el Decálogo debería completarse con las *Bienaventuranzas* del Nuevo Testamento (Mt 5; Lc 6), que marcan el camino del Evangelio y radicalizan y completan el Antiguo Testamento. El camino de Jesús no es el de los faraones y poderosos de este mundo, sino el de la libertad, la fraternidad y la solidaridad con el pueblo pobre. Este es el camino de bendición que lleva a la vida, mientras que el otro conduce a la maldición y a la muerte propia y ajena. Jesús bendice al pueblo pobre y maldice a los ricos. Este es el estilo evangélico de Jesús, que a través de la cruz lleva a la resurrección.

SEGUIR A JESÚS ES FORMAR PARTE DE SU COMUNIDAD

15. Jesús, aunque llamó a los discípulos personalmente, uno por uno, a su seguimiento, formó con ellos un grupo, los Doce, al que luego se añadieron hombres y mujeres hasta constituir una comunidad: la comunidad de Jesús (Lc 8,1-3). Este modo de actuar del Señor no es casual, sino corresponde al plan de Dios de formar un pueblo, a lo largo de la historia, para que fuese semilla y fermento del Reino de Dios (LG 9). El pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, elegido y formado lentamente por Yavé, desde Abrahán hasta María, era figura y semilla del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, que Jesús preparó y que nació por obra del Espíritu en Pentecostés (Hch 2). La Iglesia es la comunidad que mantiene la memoria de Jesús a través del tiempo, en su cuerpo visible en la historia (1Co 12), continúa profetizando el proyecto de Jesús a todos, anuncia el Reino a los pobres, denuncia el pecado y va realizando la fraternidad y la filiación de la humanidad, hasta hacer de ella la nueva humanidad, los nuevos cielos y la nueva tierra en la nueva Jerusalén, donde existirá plena comunión entre Dios y la humanidad (Ap 21).

16. La Iglesia prolonga en la historia el grupo de discípulos de Jesús y es la comunidad que prosigue la misión de Jesús en este mundo. Es sacramento de Jesús, sacramento de salvación liberadora en nuestra historia concreta (LG 1; 9; 48). Sus pastores (papa, obispos, etc.) le guían en esta misión, prolongando la función de Pedro y los apóstoles (Mt 16,18-19; 18,18). Los *sacramentos* no son simples ritos para la salvación individual, sino momentos fuertes de la vida de la comunidad eclesial, y su centro es la eucaristía, el

sacramento que alimenta a la Iglesia con el cuerpo y sangre de Cristo y la va edificando como cuerpo de Cristo en la historia (1Co 10,17). La catequesis de los sacramentos debe enmarcarse dentro de la comprensión de la Iglesia como comunidad de Jesús.

17. Querer seguir a Jesús al margen de la Iglesia es un peligroso engaño ya que, como Pablo descubrió en su conversión (Hch 9,5-6), la comunidad de los cristianos es el cuerpo de Jesús (1Co 12-27), es Cristo presente en forma comunitaria. Pero la Iglesia deberá continuamente convertirse al Reino de Dios, objetivo central de su misión y deberá recordar siempre que Jesús siendo rico se hizo pobre (1Co 8,9) y fue enviado para evangelizar a los pobres y salvar lo perdido (Lc 4,18; 19,10), como el Vaticano II proclama (LG 8) y la Iglesia de América Latina ha recogido al hablar de la opción preferencial por los pobres (DP 1134s).

SEGUIR A JESÚS ES VIVIR BAJO LA FUERZA DEL ESPÍRITU

18. Seguir a Jesús, formar parte de su comunidad, continuar su proyecto en la historia de hoy, son realidades que nos superan. Por esto Jesús prometió el Espíritu a sus discípulos (Jn 14-17) y este Espíritu es la fuerza y el aliento vital que anima, vivifica, guía, santifica, enriquece y lleva a su plenitud la comunidad de los seguidores de Jesús (LG 4). El Espíritu convierte el seguimiento en una vida nueva en Cristo, en una comunión vital con el Resucitado en su Iglesia, nos hace pasar de la ética voluntarista a la mística del permanecer en él y vivir de su savia vital, como el sarmiento en la vid (Jn 15).

19. Este Espíritu, don de Dios para los tiempos del Mesías (Jl 3), es un Espíritu de justicia y derecho para los pobres y oprimidos (Is 11; 41; 61), el Espíritu que guió toda la vida y la misión de Jesús (Lc 4,18), el cual ungido por el Espíritu pasó por el mundo haciendo el bien y liberando de la opresión del Maligno (Hch 10,38). Este Espíritu es el que nos hace llamar, a Dios, Padre (Ga 4,4), y es el que gime en el clamor de la creación y de los pueblos en busca de su liberación (Rm 8,18-27). En el clamor de los pobres de América Latina, el Espíritu clama y pide liberación (DP 87-89). Este Espíritu es el que da fortaleza a los perseguidos y mártires del continente (Mc 13,11) y el que da esperanza y alegría a los pueblos de América Latina, haciéndole esperar días mejores: son dolores de parto de algo nuevo que está naciendo (Jn 16,21).

20. Seguir a Jesús implica aceptar y comenzar a vivir todo esto. Es un camino que requiere discernimiento para ir recreando en cada instante de la historia las actitudes de Jesús y los llamados por su Espíritu. Por ello ser cristiano en América Latina exige hoy una apertura concreta del seguimiento de Jesús.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS EN AMÉRICA LATINA HOY

181

21. Este seguimiento de Jesús hoy en América Latina debe revestir algunas características peculiares, dada la situación de pobreza y miseria de un continente mayoritariamente cristiano.

22. Ser cristiano en América Latina hoy supone un *cambio de actitud*, ya que no puede prolongarse por más tiempo la situación de una fe que encubra la injusticia social y sirva así como instrumento de exclusión para unos pocos y de resignación para la mayoría. Este cambio de actitud supone una conversión tanto de corazón como de mentalidad y sobre todo de práctica cristiana. Podríamos resumir esta conversión como el paso de una religión meramente sociológica a una fe personal; de una religiosidad meramente de conceptos y doctrinal a una fe vital y existencial; de una religiosidad espiritualista a una fe integral e histórica; de una religiosidad meramente privada a una fe pública; de una religiosidad individualista a una fe comunitaria; de una religiosidad neutral a una fe comprometida y solidaria con los sectores populares y empobrecidos.

23. Ser cristiano en América Latina hoy significa una clara actitud de *rechazo* y *denuncia* de la realidad injusta de América Latina, ya que es pecado y es contraria a los planes de Dios (*DP 28*). Dios no quiere que el continente de América Latina siga marcado por los signos de muerte: muerte precoz, vida inhumana, muerte violenta. Esta situación de muerte nace del pecado personal y social de América Latina y de una auténtica idolatría: el dinero, la riqueza, la plata, se absolutiza como el dios (*Col 3,5*). Frente a esta situación el cristiano debe recordar que nadie puede servir a dos señores, a Dios y a la riqueza (*Mt 6,24*), y que debe renunciar al dominio de Satanás en su vida personal y social, como los primeros cristianos hacían antes de bautizarse y adherirse a Cristo. Ser cristiano en América Latina supone un corte radical con todo lo que sea injusticia, corrupción, opresión, violación de derechos humanos y mentira.

24. Para esta conversión necesitamos más que nunca de la oración y de la ayuda del Señor. Solo él, que al expulsar demonios demostró la fuerza victoriosa del Reino de Dios y del Espíritu de Dios (Lc 11,20), es capaz de realizar en América Latina este gran exorcismo personal y colectivo que nos libere de la esclavitud demoníaca que nos tiene apresados. Es preciso tomar postura: quien acepta y fomenta la situación de injusticia, no puede estar con Cristo (Lc 11,23).

25. Ser cristiano en América Latina significa *comprometerse desde la fe en un cambio de la realidad*. Este compromiso, forma concreta del seguimiento de Cristo, abarca todas las esferas de la realidad: dimensiones económicas, sociales, políticas, culturales, religiosas, familiares, personales... Es todo un continente el que necesita ser liberado integralmente y precisa del apoyo de todos. La fe tiene un gran poder liberador, ya que ataca el mal en su raíz: el pecado personal y estructural. Pero además la fe posee una gran fuerza inspiradora, por cuanto presenta la gran utopía del Reino de Dios y nos ofrece los grandes valores del Evangelio: el amor, la justicia, el perdón, la esperanza, la libertad, la fraternidad, la cruz y la resurrección. La fe no nos ofrece recetas sociales y políticas concretas, como si del Evangelio se desprendiese un sistema sociopolítico concreto, pero sí nos presenta horizontes nuevos, inspiración y sobre todo la fuerza del Espíritu del Resucitado que va madurando la historia hacia unos cielos nuevos y una tierra nueva. En esta tarea tenemos el ejemplo de miles de hermanos nuestros que desde la fe se han ido comprometiendo en diversos campos para la transformación de la realidad. Algunos de ellos han dado su vida por esta tarea: monseñor Romero o L. Espinal. Otros han padecido persecuciones, deportaciones y exilio. Otros muchos siguen adelante buscando no tan sólo mejoras accidentales sino estructurales. El cristiano no puede inhibirse de esta tarea, cualquiera que sea su trabajo y vocación.

26. Ser cristiano en América Latina significa *solidarizarse con los sectores populares* en esta lucha. Ello supone, para los sectores populares, tomar conciencia de que del pueblo consciente y organizado han de venir los cambios radicales y de que cuentan para ello con el ejemplo y la bendición del Señor, que los llamó bienaventurados y se identificó con ellos. Para los nacidos en otros sectores significa que sólo solidarizándose con la causa del pueblo pobre y poniendo sus capacidades a su servicio se podrá llevar adelante un cambio de situaciones. La opción prioritaria de la Iglesia por los pobres se

sitúa en esa perspectiva. El objetivo es que la Iglesia de los pobres sea el rostro auténtico de la Iglesia de Jesús, como lo deseó Juan XXIII para la Iglesia universal y los obispos de América Latina lo formularon para la Iglesia de América Latina. El potencial transformador de los pobres es inseparable de su potencial evangelizador.

27. Seguir a Jesús hoy en América Latina *significa entrar a formar parte de una comunidad eclesial concreta*, para vivir y alimentar continuamente todas estas exigencias. Las comunidades eclesiales de base ofrecen un lugar óptimo para ello (Med., 15,10-12; DP 641-643). Nuestra fe necesita ser continuamente alimentada por la Palabra, celebrada en los sacramentos, discernida y confrontada con los hermanos en la fe, con la tradición y el magisterio eclesial. El análisis de la realidad que nos circunda y el compromiso deben estar siempre iluminados por la fe en el Señor y por el deseo del seguimiento. Sin ello nuestra postura se reduciría al nivel puramente humano, social, político, etc. El seguimiento de Jesús sólo puede realizarse en un clima de fe y oración. Este seguimiento no se agota en comportamientos éticos, sino que debe fomentar la gratuidad del “estar con el Señor” y el sentido contemplativo. El gozo del seguimiento, la esperanza contra toda esperanza, la alegría en medio de los conflictos sólo puede mantenerse desde la profunda experiencia personal y comunitaria del Espíritu del Señor. Y todo ello sólo se puede realizar en la comunión eclesial vivida desde una comunidad concreta, abierta al resto de la Iglesia continental y universal.

28. Finalmente, como resumen de todo lo dicho, podríamos afirmar que el seguimiento de Jesús en América Latina hoy *significa luchar en favor del Dios de la vida*. La postura cristiana no puede ser meramente negativa. La lucha contra los dioses de la muerte se orienta a luchar en favor del Dios de la vida, del Dios creador de la vida, de Jesús, que ha venido para que tengamos vida abundante (Jn 10,10), del Espíritu de vida.

